

HASTA EL MOÑO

Una vez más los políticos andan a la greña. No, la pelea no está cogida por los pelos. La cuestión es saber si nuestros gobernantes deben dar una buena imagen ante el público. Y, claro está, hacernos pagar por ella. Sin duda los ministros deben tener la cara bien afeitada y las ministras estar bien maquilladas. O a la inversa. Ellos nos representan y queremos vernos bellos reflejados en ellos. Tal joven imberbe se dejará la barba para mostrarse como un hombre de experiencia; tal otro se teñirá el pelo para no parecer tan viejo como los abuelos. Los calvos salen a mejor precio pues no precisan tanto de peluquero. En suma, las apariencias no siempre engañan. ¿Qué pensaríamos de un presidente que, tras largas horas de vuelo, se presentase ante un jefe de Estado extranjero con ojeras? ¿Qué diría la prensa foránea de nosotros! Pues es claro: nos deja en mal lugar. ¿Es que la nación es tan pobre que no tiene maquilladores profesionales? ¿No sobran entre los que retocan el rostro de los presentadores de la televisión pública? ¿Es tan caro tapar las patas de gallo? La oposición, que desea dejar de ser oposición, se rasga las vestiduras por el gasto de tintes y polveras. Cada cual se pague sus vicios. Ahora bien, la verdadera discusión no se halla en los potingues sino en saber a cuánto nos toca por barba disfrazar las arrugas. Y hasta es posible que se pueda establecer un baremo de coquetería paralelo a la malversación.

Pablo Galindo Arlés

18 de enero de 2021

